

Nada. Ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera olor a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído, con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdosos y movibles como dos llamitas a punto de extinguirse iluminaban el rostro de cera. El viento parecía jugar con esos ojos mustios.

De llamaba don Ciriaco Ponce y no tenía profesión alguna, ni medios de existencia conocidos.

- Soy filósofo altruista - aseguraba - y como la filosofía es solo una gimnasia intelectual y los hombres no merecen ninguna clase de consideraciones, me dedico a hacer el bien.

Llegó una tarde de otoño - el mismo día que se ahogó el muchacho que "nacía" de mozo - a casa de doña Gertrudis Arellano viuda de Albormoz, con el pretexto de allegar "fondos para la buena prensa".

Traía una recomendación del obispo titular de Heliópolis, fallecido meses antes, en olor de santidad.

Con la muerte del muchacho, la casa de doña Gertrudis estaba revolucionada. Clérigos y beatas se atropellaban en el vetusto salón, comentando el extraño caso.

- ¡Incomprensible; incomprensible; ¡Un muchacho de catorce años y criado en este ambiente;

- ¡Con esa cara de santito;

- Santo mocarro, nada más. En casa la cocinera me decía, que andaba enamorado de la sirvienta de mano.

- ¿De la Pancrasia? ¡Que barbaridad;

- Obra del diablo, hijita, No podía ser de otra manera. El maldito mete su cola y, cuando uno menos lo piensa, ~~xxx~~ ¡zas! hace alguna de las suyas.

Don Ciriaco fué atendido en la antesala por una hermana solterona de la queña de casa. Impuesto de la tragedia, en todos sus detalles como si se tratara de una persona de la familia, - no podía proceerterse en otra forma con un recomendado del señor obispo - Don Ciriaco dió excusas por la inoportunidad con que se había presentado y solo pidió permiso para dejar el sobretodo, pues tenía allí un sinnumero de folletitos piadosos y documentos de valor, que bien podían valerle un asalto a mano armada de los "Hijos de la viuda".

Pronto volvería para recogerlo.

La señora le encontró un mundo de razón.

Al día siguiente volvió don Ciriaco a dar el pésame y a hablar de sus benéficos proyectos; pero no se llevó el abrigo.

Los días posteriores vino casi sin interrupción a consultar los documentos que dejara en la faltriquera y obtuvo autorización para traer un estantito con algunos libros que también corrían riesgo de caer en poder de los masones. La pensión en que vivía estaba llena de gente descreída capaz de cualquier desmán.

Doña Gertrudis asintió.

- Yo no sé que hacen las autoridades que no acaban de una vez con todos estos desalmados. Quemarlos sería poco.

- ¡Ah! señora; son ellos los que mandan. Menos mal, que sus absurdas ideas liberales aún nos permitan combatirlos.

Junto con el anaquel, don Cipriano trajo una pequeña cómoda con algunos efectos personales.

Se les dió colocación en un cuarto vacío - el mismo que dejara vacante el muchacho suicida - en el segundo patio.

Una semana después don Cipriano había sentado sus reales en casa de doña Gertrudis.

CH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

No disonaba la personalidad del nuevo huésped en el vetusto caserón cuya vida se deslizaba lenta y monótona como una ple-garia.

Su ancha puerta se abría en un bostezo interminable.

Nada. Ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera olor a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído, con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdosos y meviles como dos llamitas a punto de extinguirse iluminaban el rostro de cera. El viento parecía jugar con esos ojos mustios.

De llamaba don Ciriaco Ponce y no tenía profesión alguna, ni medios de existencia conocidos.

- Soy filósofo altruista - aseguraba - y como la filosofía es solo una gimnasia intelectual y los hombres no merecen ninguna clase de consideraciones, me dedico a hacer el bien.

Llegó una tarde de otoño - el mismo día que se ahogó el muchacho que "hacía" de mozo - a casa de doña Gertrudis Arellano viuda de Albormoz, con el pretexto de allegar "fondos para la buena prensa".

Traía una recomendación del obispo titular de Heliópolis, fallecido meses antes, en olor de santidad.

Con la muerte del muchacho, la casa de doña Gertrudis estaba revolucionada. Clérigos y beatos se atropellaban en el vestuero, comentando el extraño caso.

- ¡Incomprensible, incomprensible! ¡Un muchacho de catorce años y criado en este ambiente!

- ¡Con esa cara de santito!

- Santo mocarre. nada más. En casa la cocinera me decía, que andaba enamorado de la sirvienta de mano.

- ¿De la Pancrasia? ¡Que barbaridad!

- Obra del diablo, hijita. No podía ser de otra manera. El maldito mete su cola y, cuando uno menos lo piensa, xax ¡zas! hace alguna de las suyas.

Don Ciriaco fué atendido en la antesala por una hermana solterona de la dueña de casa. Impuesto de la tragedia, en todos sus detalles como si se tratara de una persona de la familia, - no podía procederse en otra forma con un recomendado del señor obispo - Don Ciriaco dió excusas por la inoportunidad con que se había presentado y solo pidió permiso para dejar el sobretodo, pues tenía allí un sinnumero de folletitos piadosos y documentos de valor, que bien podían valerle un asalto a mano armada de los "Hijos de la viuda".

Pronto volvería para recogerlo.

La señora le encontró un mundo de razón.

Al día siguiente volvió don Ciriaco a dar el pésame y a hablar de sus benéficos proyectos; pero no se llevó el abrigo.

Los días posteriores vino casi sin interrupción a consultar los documentos que dejara en la faltriquera y obtuvo autorización para traer un estantito con algunos libros que también corrían riesgo de caer en poder de los masones. La pensión en que vivía estaba llena de gente descreída capaz de cualquier desmán.

Doña Gertrudis asintió.

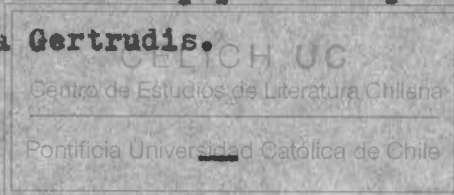
- Yo no sé que hacen las autoridades que no acaban de una vez con todos estos desalmados, quemarlos sería poco.

- ¡Ah! señora; son ellos los que mandan. Menos mal, que sus absurdas ideas liberales aún nos permitan combatirlos.

Junto con el anaquel, don Cipriano trajo una pequeña cómoda con algunos efectos personales.

Se les dió colocación en un cuarto vacío - el mismo que dejara vacante el muchacho suicida - en el segundo patio.

Una semana después don Cipriano había sentado sus reales en casa de doña Gertrudis.



No disonaba la personalidad del nuevo huésped en el vetusto caserón cuya vida se deslizaba lenta y monótona como una ple-garia.

Su ancha puerta se abría en un bostezo interminable.

Nada. Ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera oler a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído, con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdosos y movibles como dos llamitas a punto de extinguirse iluminaban el rostro de cera. El viento parecía jugar con esos ojos mustios.

De llamaba don Ciriaco Ponce y no tenía profesión alguna, ni medios de existencia conocidos.

- Soy filósofo altruista - aseguraba - y como la filosofía es solo una gimnasia intelectual y los hombres no merecen ninguna clase de consideraciones, me dedico a hacer el bien.

Llegó una tarde de otoño - el mismo día que se ahogó el muchacho que "nacía" de mozo - a casa de doña Gertrudis Arellano viuda de Albernoz, con el pretexto de allegar "fondos para la buena prensa".

Traía una recomendación del obispo titular de Heliópolis, fallecido meses antes, en olor de santidad.

Con la muerte del muchacho, la casa de doña Gertrudis estaba revolucionada. Clérigos y beatas se atropellaban en el vasto salón, comentando el extraño caso.

- ¡Incomprensible, incomprensible! ¡Un muchacho de catorce años y criado en este ambiente!

- ¡Con esa cara de santito!

- Santo mocarro, nada más. En casa la cocinera me decía, que andaba enamorado de la sirvienta de mano.

- ¿De la Pancrasia? ¡Que barbaridad!

- Obra del diablo, hijita, No podía ser de otra manera. El maldito mete su cola y, cuando uno menos lo piensa, xax [zas] hace alguna de las suyas.

Don Ciriaco fué atendido en la antesala por una hermana solterona de la dueña de casa. Impuesto de la tragedia, en todos sus detalles como si se tratara de una persona de la familia, - no podía procederse en otra forma con un recomendado del señor obispo - Don Ciriaco dió excusas por la inoportunidad con que se había presentado y solo pidió permiso para dejar el sobretodo, pues tenía allí un sinnumero de folletitos piadosos y documentos de valor, que bien podían valerle un asalto a mano armada de los "Hijos de la viuda".

Pronto volvería para recogerlo.

La señora le encontró un mundo de razón.

Al día siguiente volvió don Ciriaco a dar el pésame y a hablar de sus benéficos proyectos; pero no se llevó el abrigo.

Los días posteriores vino casi sin interrupción a consultar los documentos que dejara en la faltriquera y obtuvo autorización para traer un estantito con algunos libros que también corrían riesgo de caer en poder de los masones. La pensión en que vivía estaba llena de gente descreída capaz de cualquier desmán.

Doña Gertrudis asintió.

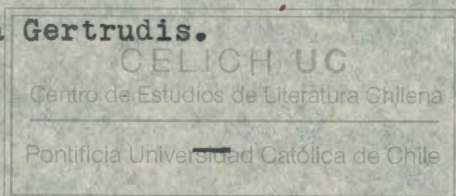
- Yo no se que hacen las autoridades que no acaban de una vez con todos estos desalmados. Quemarlos sería poco.

- ¡Ah! señora; son ellos los que mandan. Menos mal, que sus absurdas ideas liberales aún nos permitan combatirlos.

Junto con el anaquel, don Cipriano trajo una pequeña cómoda con algunos efectos personales.

Se les dió colocación en un cuarto vacío - el mismo que dejara vacante el muchacho suicida - en el segundo patio.

Una semana después don Cipriano había sentado sus reales en casa de doña Gertrudis.



No disonaba la personalidad del nuevo huesped en el vetusto caserón cuya vida se deslizaba lenta y monótona como una ple-garia.

Su ancha puerta se abría en un bostezo interminable.